



MARCA REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

- FLORENCIO BELLO
Sección vermuth.
- G. GOMEZ DE LA MATA
Flor de recuerdo.
- J. PÉREZ RAMÍREZ
Las despedidas.
- GUY DE MAUPASSANT
El Destino.
- EZEQUIEL ENDÉRIZ
La «afición».
- MIGUEL LUENGO
Las niñas.
- JUAN MOLLAT
Los besos.
- JOAQUÍN SEGURA
Los mártires.
- TOVAR, PACO MATEOS
y TINO

Varlos dibujos y retratos de
Blanquita Hungría y Los Vi-
llasiul.



BLANQUITA HUNGRÍA

Ballerina y cupletista de una vez, es decir, á la misma vez, porque baila y canta muy requetebién y el público, sin saber qué es lo que hace mejor, la ovaclona en todos sus números. Pues, ¿y guapa? ¡Señores: descúbranse ustedes!

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Que la primavera, la sangre altera, lo sabe todo el mundo. Se ha cansado la *Fornarina* de divulgarlo.

Pero lo que no saben muchos es que la primavera hace millones de *primaveras*. Los que más ignoran esta verdad son los *víctimas*, claro está, de la estación.

Iniciarse el buen tiempo, alterarse la sangre—vamos a decir— y sentirse uno primo, son cosas simultáneas para una infinidad de gentes.

Y tiene su explicación el fenómeno. Havelock Ellis y yo, nos lo explicamos del siguiente modo:

A ELLA



—¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama?...
¡Con las veces que le he tenido en la punta de la lengua, y no me acuerdo de cómo es!...

El invierno, con sus nieves cano, deprime el sistema nervioso. Esta depresión á causa del mayor desgaste orgánico para mantener la normalidad de la temperatura de la sangre, acoquina á los individuos tímidos de suyo; pero llega el equinocio, empieza el sol, como aquel que no lo quiere, á prodigarnos sus suaves caricias, y los tímidos, como los días, se alargan de gusto. Quiero decir, que el que no se hubiera atrevido más que como uno, se crece en su dulce inconsciencia y se siente como dos.

Como este sentimiento doble es espontáneo, conduce al hombre á la proeza inmediata. Y, claro, lo inmediato es no andarse por las ramas y buscar entre los amores fáciles, para no perder el tiempo.

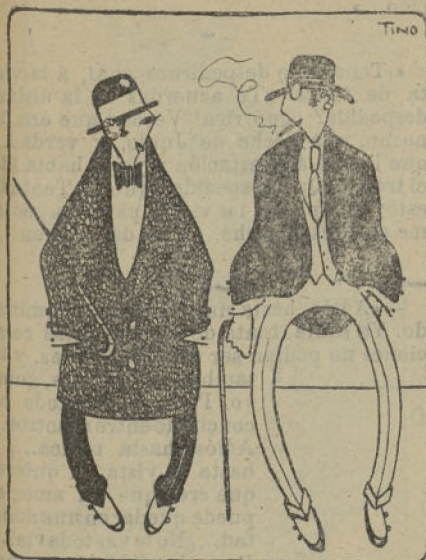
Lo más fácil es casi siempre lo que está al alcance de la mano. Se estira un poquitin el brazo, se aprehende amablemente la fruta, se da un tirón ó dos á lo sumo, y manzana, ó ciruela, ó pera que te das.

Lo más fácil —al parecer— de los amores fáciles, es la camarera. La camarera de un café *bien*, no la de un suburbio titulado *Café*, como podrían haberlo titulado *Lechería* ú otra industria por el estilo.

El alterado,—asiduo concurrente, á lo mejor, del supradicho establecimiento *bien*—observa por vez primera que hay una camarera que le place. Esta observación le descubre atisbos de dicha. El habiádo siempre diecito de propina. A partir de la grata observación, apocuína quince, luego veinte y á los dos ó tres días se corre con su buen par de reales.

La camarera se admira. *Taña* al repentinamente pródigo, adivina en los arreboles del tocado de primavera todo un mundo de positivas realidades, y le larga la sugestiva coba. Lo toma con la derecha, le da tres ó cuatro naturales, le hace consentir, y después de una faena que dura á veces dos ó tres semanas, en la que el encantado da todo lo suyo, ella, la muy... descendiente —las hay con más de un descendiente— se entrega como una sola mujer hartándose de primavera. ¡El delirio!

PASANDO EL RATO



—¡Anda! ¿Ya está usted aquí? Los hay adelantaos.

—Lo da el santo del día. Es San Dionisio Aeropajita.

—¿Y qué?

—Pues nada, hombre. ¡Aeropajita! Me parece que más adelantado...

El sujeto pide su propia oreja para la ídolo, y hasta olvidándose de su estado cadavérico, pasea á la *fenómena* por todas partes.

Un día sucede lo inevitable. En una de las correrías primaverales, brota el hombre de la camarera donde menos se lo piensan los deliscuencidos pimpollos. En una escena de cualquier comedia, escena que no excita al aplauso ni mucho menos, sueña algo así como una palmada intempestiva. Los espectadores se revuelven hacia el sitio de la ocurrencia, y aprenden que no ha sido palmada, propiamente dicha, lo que ha sonado. Ha sido una bofetada de cuello vuelto, que el hombre de la camarera ha otorgado á cualquiera de los infrascritos.

Gritos, denuestos y comisaría. Y es aquí, en las lobreagueces del encierro pernóctante, donde el primavera se da cuenta de su locura y se promete no reincidir hasta otra primavera.

Hasta otra primavera, sí, señores, en

que, después de un invierno aplanador, se opere un nuevo desentumecimiento orgánico que empuje al tendencioso hacia otro nuevo café y hacia otra nueva camarera y hacia otra ó la misma comisaría.

FLORENCIO BELLO

Flor de recuerdo.

Mirábamos el álbum de retratos, fiel guardador de cien fotografías, el álbum viejo que hojear solías, añorando, al hojearlo, alegres ratos.

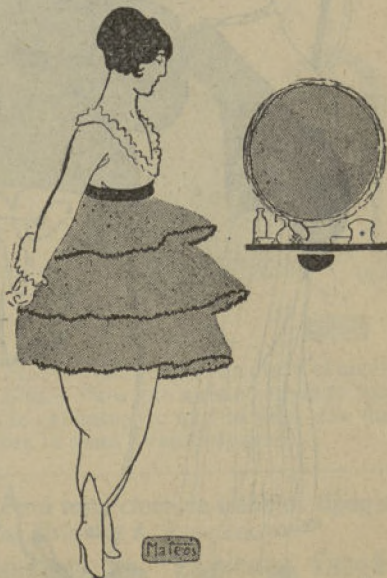
Ante los efusivos garbatos de una dedicatoria, sonreías á cierta imagen de lejanos días, que te evocaba antiguos arrebatos.

Besaste, al fin, aquel retrato viejo; por tu mente pasó como un reflejo, y despertó algo triste en tu memoria...

Murmuraste un suspiro doloroso, un suspiro inquietante y angustioso, ...y adiviné el recuerdo de una historia.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

CONFLICTOS DEL CAMERINO



—Pues no hay; y eso que Jorgito me lo repitió: «¡Lo que es allí no te faltarán, ni pinturas, ni polvos!»

Las despedidas

«Feliz viaje, mi bella amiga, ¡y que el verano me sea leve. Quiera Dios que siempre marchéis como esta vez, sin pena. Pero no os alejáis, ciertamente, sin rastro: mañana, á la noche, ya pasaré las horas contemplando el que dejará aquí vuestra ausencia...»

Lágrimas, miradas largas y vagas, "pañuelos al viento, el equipaje, propinas á todo el mundo... ¡Qué penosas son las despedidas!...»

«Adiós, y que escribas alguna vez! No sea como el año pasado, que no te dignas-

te mandarme dos letras... Por si este año te sucediera lo mismo, ya sabes mi dirección...»

«¡Tener que despedirnos aquí, á la vista de todos! ¿Te acuerdas de la última despedida? ¡Qué rica! Verdad que era de noche, una noche de Junio, y verdad... que llegué á la estación y ya se había ido el tren... ¡Qué despedida aquella! Tentado estoy de aplazar mi viaje, para despedirme de ti esta noche... y perder el tren...»

—«Adiós, hasta nunca. Hemos terminado. Ya sabia, tonta de mí, que estas relaciones no podían ser muy duraderas, y tú

también lo sabrías, como yo. Pero, en fin, todo ha concluido entre nosotros... Adiós, hasta nunca..., ó hasta la vista, si quieres que crea que un amor se puede quedar en una amistad... ¿No te vástodavía?... Pues sí; adiós, hasta nunca, como novios...

¿Que tenemos que hablar esta tarde? Phs... ¿Para qué? Ya lo hemos hablado todo. Pero, vamos, porque no digas, seré tolerante; hasta luego...»

«Mi Paquito de mi corazón: Te escribo estos renglones á punto de marchar; el coche aguarda ya en la calle. No sabes mi rabia porque no vamos á poder besarnos, ni abrazarnos, ni nada, por la precipitación no presentida de este antipático viaje. ¡Ni un beso siquiera! Adiós, mi vida; te llevo en mi pensamiento... Adiós; me voy con la mayor contrariedad: el no poder despedirme de ti. Adiós...»

«¡Ah! Pero... ¿os marcháis mañana, mi adorable Emilia? ¡No sabia nada! Bien... Pues este ri-

COSAS DEL CONFLICTO



—Oye, rico: puesto que eres Inglés, ¿por qué te haces el sueco?

DEL MES QUE VIENE



—Pues, señor, este año no se encuentra un capullo ni para un remedio...

godón que hemos bailado ahora juntos, ha sido nuestra despedida...»

«(Disimulemos; nos miran)... Ea, Ricardo, abur; que sigas bien, y... hasta el mes que viene. Adiós, Ricardo... (Ya sabes: á las doce, junto á la tapia...) Adiós, feliz viaje...»

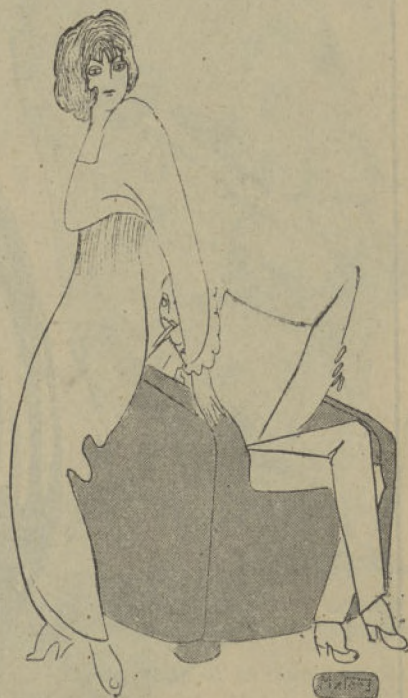
«Es lástima, una verdadera lástima, que nos hayamos conocido en el tren. Porque he sentido por usted sincera simpatía; y si su viaje terminase también aquí donde termina el mío, yo tendría una gran satisfacción en que trabásemos la mejor amistad. Pero usted sigue su camino, yo me quedo en este punto, y ya, sabe Dios cuándo nos encontraremos otra vez en nuestra vida... Sin embargo, por sí, des-

graciadamente, no nos volviésemos á ver más, ya sabe dónde tiene siempre un amigo...»

«Un beso más... Adiós, hasta la noche... Otro beso... No tardes, que ayer me hiciste esperar mucho... Bésame, chiquillo... Otro beso, otro... Ea, el último... Que no me hagas esperar; adiós... Hasta la noche: dame un beso...»

Et cætera,
J. PEREZ RAMIREZ

LO QUE DICEN TODOS



El. —Y bien, ¿qué te ha dicho el médico?

Ella. —Pues que no me conviene tomar nada caliente, y... que le deje dos duros sobre la mesa de su despacho.

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la
Imprenta de "Ediciones España,"
Calle de Santa Isabel, 45.

COMODIDADES



—Lo que es el día que Julito se vaya, te vas á quedar más ancha que larga...
—¡Quiá! Como me voy á quedar así, es si no se va.

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

El Destino. El último salto que dió el gimnasta en la plaza pública de Granville, fué el epílogo de su vida de artista errante y aventurero.

Disponía de algunos ahorros; tenía deseos vehementísimos de cambiar de vida, y contaba, además, con un caudal de firme voluntad para no retroceder. Con estos materiales se preparó para desligarse de la compañía, y por la noche, en el mesón, á la hora de la cena, llamó aparte al clown negro, y le dijo en tono resuelto:

—Podéis saldar mi cuenta y buscar un sustituto; mi cuenta es una decena, diez francos.

—Cómo, ¿os vais? —exclamó, sorprendido, el director de los saltimbanquis.

—Sí, es cosa resuelta —siguió Piquet—. Vóime á Homfleur; ya no seré más gimnasta; ahora, labraré tierra ó venderé géneros ambulantes; algo que no sean equilibrios en el trapecio, ni carreras por la barra fija; estoy harto ya de comer de mis saltos y piruetas.

Y el buen Piquet acabó su razonamiento, y siguió mirando al negro, su interlocutor, con la mirada solemne de quien no espera réplicas á sus conclusiones.

—Pues que así lo queréis —balbuceó el negro, echando mano á sus bolsillos y alargándole los diez francos—, tomad, y el diablo os lleve con vuestra extravagante resolución.

Piquet recogió su equipaje en una maletilla de mano, y después de apurar unos jarros de sidra á la salud de sus compañeros y estrechar por última vez la mano del negro Wittl, que le despedía con frases á ónicas, se retiró hasta el amanecer, procurando ocultarse á sí mismo la preocupación que empezaba á inquietarle por su vida futura.

Al romper el alba del siguiente día, Piquet caminaba, con su maletilla á cuestas, por la carretera de Pont l'Évé, bañándose en las llamaradas ardientes de un sol de Junio.

Animoso y ágil, rebosaba de gozo viéndose desligado de aquellas cuerdas que, por tanto tiempo, amarraron su libertad; porque, bien mirado, su vida había sido, hasta entonces, la de un pobre pajarillo

preso en las redes del negro Wittl, y rodando por plazas y barracas, casi había gastado sus fuerzas musculares y sus treinta años de juventud.

Pero entonces era un hombre libre y feliz; feliz porque, como aquellos gorriones

DEL CIRCO



—¡Qué carne! Ya tendrán ustedes que hacer gimnasia para que se les ponga tan dura, ¿eh?

—Eso es según. A mí no me ha costado mucho trabajo.

que, á su paso, trinaban alegres saltando de acá para allá entre el follaje de los árboles, él también gozaba de la preciosa libertad de sentarse bajo la sombra azul de un castaño, ó de dormirse donde bien le petase...

II

Eran las dos de la tarde, la hora del mercado en Homfleur. Piquet había gas-

PREPARATIVOS



—¿Y cómo me voy á arreglar yo para llevar al mismo tiempo la chupa y el frac?
 —Sencillamente: llevas tú el frac, y la criada lo otro.

tado dos días en llegar al pueblo de sus padres; al divisar los primeros caseríos de Homfleur, Piquet sintió en su pecho un estremecimiento de placer, de alegría inmensa, que subía hasta sus ojos y humedecía sus mejillas.

Llegaba rendido de fatiga, de hambre y de sed, y sus primeros pasos los dirigía á un mesón donde descansar y reponer sus fuerzas. Aquella misma tarde ojeó en su memoria el libro de sus amistades, ofreció sus servicios en algunas tiendas de quincallería, y pulsó, en una palabra, cuantos recursos creía hábiles para hacer lo más corta posible su vagancia en Homfleur.

En los días sucesivos, encontró anti-

guos conocimientos de su familia, que le ofrecieron apoyo; pero el tiempo pasaba y su colocación no era tan fácil como él había supuesto. Por la noche, empezaba á desvelarle la misma cruel preocupación que sacó de Granville; no estaba arrepentido de haber abandonado al negro Wittl; pero sus francos habían sufrido una merma considerable, y la idea de verse pobre le llenaba de angustiosos pesimismo.

Algunas tardes de aburrimiento, las pasaba Piquet en la iglesia: cuando niño, su madre le llevaba al convento de los frailes Trapenses, de Homfleur, y allí volvía después de treinta años á escuchar el oficio de las vísperas, sentado en la misma ban-

DISTRACCIONES ARISTOCRÁTICAS



- ¡Ay, señorito; y yo que le traía ahora la pipa!
 — ¿Cuál?
 — La otra.
 — ¡Soy tan distraído, que no sabía que tuviese dos!

ca del presbiterio. La iglesia era el único lugar donde el gimnasta meditaba y reflexionaba á sus anchas; su espíritu religioso, dormido en el profundo sueño de la infancia, comenzaba á despertar de sus diarias meditaciones sobre el banco del presbiterio.

Ya no era un simple capricho, ni un gusto; era un placer inmenso, una deliciosa obligación la que se había impuesto Piquet, de asistir diariamente al templo de los Trapenses.

Una tarde le parecieron muy cortas las vísperas. Una dulce emoción le había emborrachado de éxtasis divino, y para abandonar el templo, fué preciso que un fraile que llevaba un manajo de llaves colgado á la cintura, se llegase á Piquet y le dijera, sin apenas levantar los ojos:

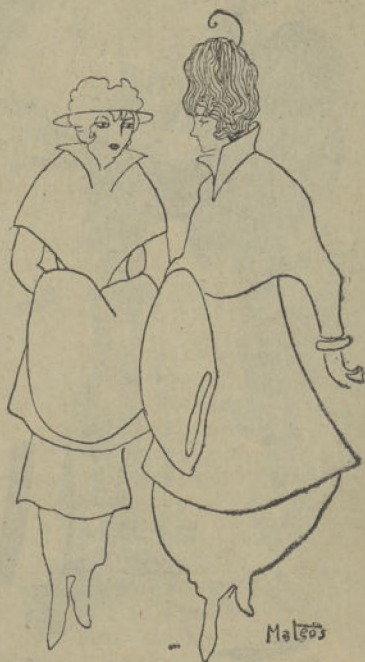
— Hermano, gestás dormido?... Mañana podréis rezar...

Sentado en el banco del presbiterio, estaba inmóvil, tal vez dormido, con la mirada puesta en el rostro de la Virgen y plegando sus labios una sonrisa de gloria. Aquella tarde fueron muy breves las vísperas; Piquet besó la mano al Trapense, y, muy triste y olvidado del mundo, se metió en la cama á las oraciones. Abrazado á su idea luminosa, durmió soñando y amaneció feliz. En la senda pura de su destino destellaba un punto de luz.

III

El prior de los Trapenses concedió á Piquet la audiencia que solicitaba. Sus informes eran inmejorables, y de gran recomendación servía también su actitud recogida y humilde. En toda la comunidad se despertó interés por conocer la persona del futuro monje. Algunos, como el Hermano del manajo de llaves, le reconocie-

DE LA BUENA SOCIEDAD



— Es una lástima que seas tan digna. No quieres conocer á ese americano, que es riquísimo, encantador, y, en fin, que no sabes lo que te pierdes.

— ¿Cuánto, poco más ó menos?

ron en el locutorio; era el que rezaba las visperas de la tarde y pasaba largas horas sentado en la banca del presbiterio...

A los pocos días, el gimnasta Alfredo Piquet cambiaba las doradas mallas de su traje por el místico y burdo hábito de la orden de Trapenses. La comunidad le recibía en calidad de novicio, de fámulo ó

de aspirante. Conforme á la costumbre de ritual, al nuevo monje se le designó su labor cotidiana: su constitución recia y sus brazos musculosos eran un factor precioso para labrar las tierras, y Piquet fué destinado á la huerta... Pero resultó á los seis días, que Piquet no servía para la huerta; secábasele sus flores, trazaba muy mal

la línea del arado, y en la poda de plantas y arbustos, tronchaba los tallos é inutilizaba los frutos; fué preciso, pues, dar nueva ocupación al antiguo gimnasta. Piquet pasó á la cocina; al neófito cocinero se le puso al corriente de las comidas y horas reglamentarias para encender lumbre y preparar los desayunos; Piquet escuchaba con cuidadosa atención cuanto se le explicaba; pero sus cenas y sus potajes no se podían tragar. La ocupación para Piquet se hacía un poco problemática; su falta de voz impedía llevarle al coro, y como desconocía las artes y oficios domésticos, no podía agregársele á ningún taller. La única vez que tocó á ejercicios, cambió las cuerdas de las campanas y los frailes se revolucionaron todos.

El prior de los Trapenses le llamó un día á su celda.

—Me han dicho, hermano Alfredo —empezó diciendo,— que en nada podéis ayudarnos... Desde ahora os dedicaréis á una nueva y preciosa obligación: á pedir á Dios por la comunidad. Rezad en vuestra celda ó en la capilla; donde os parezca mejor. Esta es vuestra ocupación hasta que el Señor os llame al seno de sus misericordias...

LOS VILLASIUL



Notable dueto que es muy aplaudido y que goza de generosas simpatías. Vayan ustedes al Madrileño y se convencerán.

Desde aquel día, el hermano Alfredo quedó exento de ejercicios y obligaciones; tenía el día y la noche para rezar donde y cuando le pareciese, con la sola obligación de encerrarse en su celda á las horas reglamentarias.

Empezó por acudir muy temprano á la capilla y sentarse en su antigua banca del presbiterio; postrado de hinojos, oraba y leía algunas horas, se sentaba de nuevo, y con los ojos fijos en el rostro de la Virgen, pasaba horas enteras.

Por orden del hermano prior, dos monjes le observaban sigilosamente á distintas horas. Los primeros días hizo tres ejercicios, aunque con irregularidad; pero pronto observaron sus guardianes que el hermano Alfredo iba olvidando su misión en la capilla, y más de una vez le encontraron de pie ante el camarín de la Virgen, con los ojos bañados de llanto...

Lloraba, era verdad; el pobre gimnasta habíase convencido de su impotencia para rezar y leer: se cansaba, le fatigaban los ejercicios, y le dolían las rodillas de estar de hinojos. Además, una nueva angustia le ahogaba: la Virgen ya no le miraba como antes, se había enojado con él; antes le miraba con amorosa sonrisa, parecía que le acariciaba, que le llamaba á sus divinos brazos... Ahora, la Virgen tenía el rostro severo, grave; parecía que le amenazaba, que le despreciaba, que le echaba del templo... La Virgen tenía razón para enojarse: él era un miserable pecador; pero bien sabía la Virgen que le faltaban fuerzas para cargar el peso de su cruz, y por eso lloraba: porque la Virgen le arrojaba del templo.

Una vez, los monjes que observaban al hermano Alfredo por las rejillas del coro, quedaron estupefactos. Las ropas talares y las sandalias del antiguo gimnasta estaban dobladas encima del altar mayor, y en el suelo interior del camarín, á los pies de la imagen, el hermano Alfredo, guardando una perfecta ley de gravedad, sostenía sobre sus manos la mole de su cuerpo. ¡Oh!... El no había nacido para agri-

cultor, ni para cocinero, ni para fraile... ¡Hacer volatines!... ¡Tal era el destino de su vida! Nació para eso, para eso nada más... y la Virgen, agradecida, sonreía de gozo y enjugaba con un pañuelo las gotas de sudor que corrían por la frente del gimnasta...

Guy DE MAUPASSANT

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

DE LOS BARRIOS INFIMOS



—Ya ve usted, pollo: ella no paga.
—Oye, tú: *pa* eso no te molestes en traerme al café. ¡Ni te ocupes!

LA "AFICIÓN,"

Me estás hablando de un jabonero que sale blando y que no es certero.

Al que si citas, junto á tu lao va de rositas por lo quedao.

Y que si vale para el comercio, á ti no te hace muy bueno el tercio.

No sigas; ¡basta! lo he conocido: Ese de que hablas, ¡es tu marido!

EZEQUIEL ENDÉRIZ

CHIQUILLADAS



—Oye, Juanín: Tu hermano el mayor debe tener la edad de mi hermana, ¿verdad?

—Sí; porque, como siempre van juntos, me figuro que le anda por ahí.

LAS NIÑAS

Baudelaire, el sensualista, debiera haber hablado de las niñas. ¿No las habéis visto? Son terribles.

Como las mujeres pequeñas, las niñas tienen una sustancia intensa. Frecuentemente, al mirar una niña y ver sus ojos inocentes y sentir su carne encerrada en un traje diminuto y corto, nos hemos estremecido. Esa cabecita loca que hoy no piensa, de aquí á unos años será un bosque de fuego ó un temblor de tinieblas peinadas sobre las ventanas del alma; ese cándido blanco del rostro se encenderá en la picardía; ese pecho, hoy hundido, mañana desbordará en una erupción volcánica; ese corazón, que ama á un padre, amará á un hombre, y esas piernas tiernas que van al aire, mientras la gracia cuelga en forma de falda sobre la rodilla, como atacadas de hidropesía, se hincharán, y tan anchas y altas y abundantes sostendrán la cadera, y el cuerpo, y todo, que habrá que

cubrir las del todo para evitar tentaciones. ¡Oh! Si las mujeres vistiesen falda corta, entonces, deliciosamente, se acercarian más á las niñas, y las niñas á ellas. Hay niñas de piernas tan escandalosamente gordas, que producen el efecto de mujeres, cuya falda se evaporara en el punto donde la pierna se dobla arrodillándose sobre cojines muelles ante el dios Cupido.

Dos edades podemos reconocer en las niñas: la primera, la infancia, no ofrece interés; la segunda, sí; es aquella en que se inician las formas de la mujer, y el corazón ya presente lo que será la vida púber.

Llegada esta época, la niña toma el aroma de un capullo entreabierto; el cuerpo evoluciona hacia la belleza de los años mozos; ingenua, el alma se abre al sol de la sabiduría. La sonrisa va sustituyendo á la risa. Se aprende á ser coqueta, á decir alguna leve y sonrosada mentira, á consolar y perfumar al triste. Ya se sabe juzgar á un hombre llamándolo guapo ó feo. Al pasear por el jardín, la niña ve cómo los galanes sonríen á las damas. Sabe bordar, sabe curvar al oro en líneas graciosas, sabe todos los rincones de un traje de mujer, y conoce los movimientos que lo espiritualizan y le infunden una personalidad. Cuando besa, saborea el beso con delicadeza perfecta.

Todos dicen:

—Parece una mujer.

En efecto, discurre, acciona y piensa como una marquesita Luis XVI, menuda, linda y florida. Al andar, su falda adquiere un ritmo serio, ritmo de pantorrillas que será necesario vestir cada día con medias más gordas. Habla de todo, como si todo lo supiera.

Un día vió olvidado sobre el tocador de su hermana, un libro conteniendo los consejos prácticos y secretos de belleza, para ser amada y elegante, de la duquesa Laureana.

Otro, tropezó con una revista alegre, llena de mujeres que, como ella, van con las piernas al descubierto, y sus ojos de niña saltaron curiosos sobre las piruetas de bailarinas dulces y desnudas. Después, cuando se acostó, un poco ruborosa, la niña miróse el cuerpo, y se vió hermosa.

A veces, las personas mayores rehusan hablar en su presencia de ciertas cosas que ella ya sabe. Es deliciosa la picardía de una niña inocente.

Tiene doce años cumplidos. A esa edad, dice la Constitución, las mujeres ya pueden casarse. Luego no es una niña; es una

mujer. Es una mujer, pero es una niña. He aquí todo su atractivo. Le hablamos de tú, juega, canta, salta y vibra. No está todavía en la primavera; va á entrar en ella. ¡Va á entrar! ¿No es esto más precioso, más risueño y más prometedor que haber entrado ya?

¡Oh! Esas niñas que ya pueden casarse, son exquisitas. Mezcla de inocencia y picardía, de capullo y rosa, de ángel y demonio. En ellas, la juventud y la infancia se dan la mano en un beso. Una mujer de seis años, es capullo; una de diez y cho, fruta: pero otra de doce, es la flor.

Ellos, los temperamentos variables, las almas jugadoras, los corazones sensualmente románticos, amarán á las niñas. Las amarán así: emocionándose ante ellas, como nunca se emocionarian ante una mujer...

¿Veis aquella niña que salta y juega como una loca, volando sus ropas en un triunfo de carnes interiores, y que cada cinco minutos, infaliblemente, se arremanga las faldas y se sube las medias?...

MIGUEL LUENGO

Los besos.

I

—Señor cura, he besado á la María.

—Pero ella, al tú besarla, ¿qué te decía?

—Dejemos eso.

—Yo sólo á usted le digo que la di un beso!

—Dime lo que te dijo la tal María.

—Padre cura, mi novia nada decía ..

—Eres un loco.

—Si yo sé que te dijo que un beso es poco!

—¿Cómo lo sabe, padre?

—¿Quién le ha enterado?

—¿No ves que yo sé todo? (M'ha fastidiado.)

—Vaya un resbalón el de ése, ¿eh?

—Chico, pa resbalón el que di yo el año pasao.

—¿Aquí?

—No; en la Bombilla...

—Di á la María que venga á confesarse al ser de día...

II

—¿Tú te dejas dar besos de tu Bartolo?...

—¡Ay! No crea usted, páter, que es de ése solo...

—¡Ay, qué locaral

Si te besan los hombres...

¡no tienes cura!

JUAN MOLLAT

EN EL «SKATING»



DEL HOGAR DOMÉSTICO



—Te arreglas tanto, que luego nadie me cree tu mujer. Esa no es la mujer de León, suelen decir.

—Está claro. ¡Como que pareces el propio león!

LOS MARTIRES

A travésamos la calle y penetramos en la iglesia de San Marcos, de Venecia. Dentro del templo se sentía una frescura deliciosa; bajo las altas bóvedas y en la grandiosa oscuridad de las naves desiertas, nuestras pisadas resonaban con eco solemne y pausado. Mi guía ó *cicerone* caminaba delante de mí, deteniéndose á cada momento para enseñarme los cuadros, los bajorrelieves, las inscripciones y cuantos pormenores dignos de atención ofrecían las paredes y las capillas de la iglesia.

—Aquí tiene usted—decía— el cuadro *La cena*, de autor desconocido, pero de grandísimo mérito, y atribuido hasta hace pocos años á Leonardo de Vinci. Cuidé usted de no pisar esa losa señalada con una cruz negra, que la devoción de los fieles vienen á besarla diariamente ha relamido

que y ahondado... Sobre esa piedra, es público y notorio que puso San Pacomio los pies cuando se le apareció á cierto caballero principal y muy buen cristiano, que antes de matar á su mujer, á quien creía adúltera, vino á rezar á este sitio...

Mi guía continuaba hablando sin darse punto de reposo, aturdiéndome con una enojosa enumeración de nombres, fechas y narraciones extraordinarias.

Luego se detuvo delante de una tenebrosa capilla, en cuyo fondo se columbraban vagamente los blancos contornos de dos sepulcros, y ante cuya verja entreabierta ardían dos lámparas de plata. Penetramos en la capilla.

—Aquí tenemos las tumbas del caballero Giacomo Fascani y de su muy amada Florinda Camaregio, enterrados merced á un permiso especial del Papa Clemente VII, año de 1523.

—¿Pero no eran esposos?—preguntó.

—No, señor—repuso mi guía—; pero han sido enterrados en sagrado y con toda pompa, por lo mucho y muy injustamente castigados que fueron sus amores.

Y en seguida, con su voz inalterable de *cicerone* viejo familiarizado con las tradiciones más estupendas, me refirió lo siguiente:

—En el siglo xv vivía en Venecia el bizarro caballero Giacomo Fascani, joven, rico y aventurero, á quien no arredraban ni las vaivenes de la fortuna, ni los peligros del amor, ni el fragor de las batallas en que los combatientes se juegan la vida. Gustábanle los viajes á países remotos, y las noches dulces, tranquilas, pasadas en una barca, entre la bóveda del cielo azul y la serena superficie del mar azulado; y por proporcionarse un regocijo nuevo, no hubiese titubeado en acometer las más peligrosas empresas.

Cansado de los amores fáciles y del cortejo de alegres concubinas entre quienes vivía, buscó Fascani nuevas pasiones, horizontes inexplorados, y tuvo la mala fortuna de enamorarse ciegamente de la gentil Florinda Camaregio, esposa del procurador del Gran Consejo. El encuentro de los que más tarde habían de ser espejo de amantes y blanco de desventuras, ocurrió aquí, en esta iglesia.

Florinda sintió por Giacomo una pasión idéntica á la que su belleza acababa de despertar en el corazón del apuesto manco. É inmediatamente concertaron los medios de que habian de valerse para comunicarse á solas y con todo espacio, tranquilidad y sigilo. Todas las noches,

Fascani, disfrazado con un traje de hombre plebeyo y conduciendo él mismo su góndola, acudía á las citas navegando á lo largo de los revueltos y oscuros canales. Por su mala suerte, Fascani tenía que entrar en el palacio Camaregio por una puertecilla secreta abierta en los muros del jardín de la Embajada española.

Pocos meses después, el Procurador del Gran Consejo recibió un anónimo, en el cual se acusaba al patricio Giacomo Fascani de hallarse en relaciones con la corte de España. No podían explicarse de otro modo sus visitas nocturnas al palacio del embajador, con quien debía de permanecer muchas horas...

El Procurador dió por leal y valedero cuanto en el terrible anónimo acusador le decían, y Giacomo fué preso y sometido al tormento. Fascani se portó como un valiente, y aunque le achicharraron las carnes con hierros candentes y le rompieron los huesos para que revelase el nombre de sus cómplices y el objeto de aquellas reuniones misteriosas, el infeliz caballero no quiso decir la verdad por no manchar el nombre de su amada.

Muerto Giacomo en el tormento y muerta Florinda de dolor, la nodriza de la joven, que era la única conocedora y encubridora de aquellos amorsos, declaró la verdad. Desde que Clemente VII permitió que ambos mártires fuesen enterrados aquí, los canónigos de San Marcos, con objeto de aplacar los manes de los aman-

tes y remediar, en lo posible, la feroz injusticia con ellos cometida, ordenaron que esas dos lámparas de plata estuviesen ardiendo día y noche ante la verja de esta capilla.

Y aquí es—concluyó diciendo el *cicerone*—adonde vienen á rezar todos los amantes desgraciados de Venecia.

JOAQUÍN SEGURA

Los originales no premiados en el Concurso de novelas de *El Libro Popular* y aún no recogidos por sus autores, están á la disposición de éstos en las Oficinas de Ediciones «España», Santa Isabel, 45, hasta el día 30 de Abril, en cuya fecha se inutilizarán todos aquellos cuya devolución no haya sido solicitada con anterioridad.

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

DEL MADRID TRASNOCHADOR



—Nunca ha estado Madrid tan trasnochador como ahora. Ya véis: tres mujeres, y las tres despiertas á estas horas.

—Como que somos la mar de avispidas, no se encuentra una dormida ni por cuanto hay.

La Paz el mejor papel de fumar

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas.

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, memorias, circulares, facturas, cartas comerciales, etc., á precios económicos.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-masculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º aerecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca pitavada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y corresponsales de España y América.